

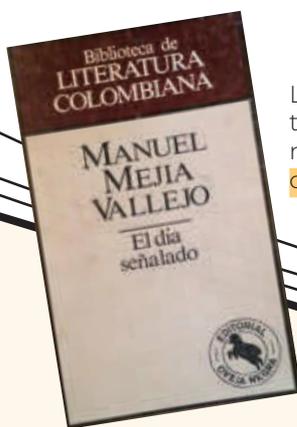
1950-1980: El futuro está en otra parte

El 10 de noviembre de 1952 se creó la **Biblioteca Pública Piloto**, bajo las disposiciones de la Unesco; la segunda biblioteca de este tipo surgida en el mundo. Muy pronto se convirtió en el escenario privilegiado de la vida literaria de la ciudad.

En 1958 Gonzalo Arango leyó en el Parque Berrío el **Primer Manifiesto Nadaísta**, punto de partida del grupo que conmovió la cultura y la literatura colombiana de mitad de siglo. Arango se transformó en El Profeta.

La novela *El día señalado*, de Manuel Mejía Vallejo, obtuvo el premio Nadal en 1963. Es el primer premio internacional de un antioqueño. **Consolidó la carrera literaria de Mejía Vallejo** y su entrada al mercado internacional.

En 1959, Enock Roldán estrenó la película *Luz en la selva*, basada en **la vida de la Madre Laura**. La siguiente, *El hijo de la choza*, se vio en 1961. Es uno de los pioneros del cine antioqueño.



de velas y jabones, dos cervecerías (Antioqueña y Tamayo) y una compañía industrial de cigarrillos.

El monte, la mina, el campo, de los que había surgido un carácter regional de seres altivos y de machete, aserradores que pasaban colonizando montañas (como en los cuentos de Julio Posada y Jesús del Corral), que otros llamaron identidad, quedaban atrás de la dirección señalada por Francisco Antonio Cano en *Horizontes* (1913).

La ciudad necesitaba un nuevo paisaje y un trazado donde encajar su “pujanza”, una palabra que alcanzó el trono del diccionario de la raza antioqueña en los años cuarenta y reinó incontestable hasta el final del siglo; quizás solo superada por la palabra “gonorrea”, que nombró el estado en que la ciudad ingresó a los cuidados intensivos del siglo XXI.

La pujanza hizo y deshizo sobre el lienzo todavía bucólico del valle, solo limitado por el caballete de sus montañas. Fundó empresas, levantó edificios, ensanchó calles, cubrió quebradas; le pintó tranvías, automóviles y un aeródromo; y completó su escenografía con cinematógrafo, gramófono y radiodifusión. Los artistas se rebelaron a ser marionetas de la industrialización, pero más tarde se contagiaron del arrojo aventurero que ya ejercía con maestría el móvil Barba Jacob, para quien valía más “el oro del sonido que el sonido del oro”.

Los panidas sacaron las discusiones literarias y artísticas de las tertulias caseras, y de los círculos privados de los señores y las señoras de alcurnia, y las acercaron al calor etílico de los cafés, con el ánimo de sacudir públicamente la contienda del porvenir con baladas poéticas que criticaban el *status quo* reinante y textos filosóficos que defendían el noble arte de vagar.

La formación temprana de la cultura urbana de Medellín quedó marcada por esa contradicción esencial entre la necesidad de sobrevalorar la labiosidad empresarial, encarnada en la “raza” blanca, para impulsar la generación de riqueza material, y unas fuerzas opositoras, resistentes, que preferían el enriquecimiento mestizo del espíritu.

Exhibir la tacita de plata

Terminada la Gran Guerra, sin las heridas que el resto del mundo intentaba sanar, ni secuelas de la peste



EL PROCESO

Por el aniversario 110 de la fundación de El Colombiano y el relanzamiento de su suplemento GENERACIÓN, un equipo de editores y periodistas hicimos un arqueo bibliográfico para mapear los principales momentos, hechos y protagonistas de los grandes cambios culturales de Medellín en las últimas once décadas. Es un trabajo colectivo hecho por Alfonso Buitrago Londoño, Ángel Castaño y María Antonia Giraldo, guiados por expertos en la historia urbana y cultural de la ciudad: Santiago Londoño Vélez, Ruth López Oseira, Oswaldo Osorio, Jorge Melguizo, Julián Posada, William Cruz, Camilo Castaño, Juan Manuel Cuartas, Claudia Ivonne Giraldo, Peter Palacio, Juan Luis Mejía, Iván Zapata, Luis Fernando González, Óscar Calvo y Paloma Pérez.

española, que en 1918 apenas había dejado una decena de muertos en la ciudad, en la década del veinte Medellín vivió una intensa pubertad de conmociones sociales, urbanas y culturales.

La Sociedad de Mejoras Públicas, con Ricardo Olano a la cabeza, barría desde su revista *Progreso* los estorbos y rezagos del imaginario de la villa del siglo XIX, que se interponían en el acomodo de Medellín a un contexto de comercio internacional, que desembocaría en la gran crisis del 29.

La “Medellín Futuro” se expandía y urdía a sí misma con el paso del tranvía y el belga Augustín Goovaerts la vistió con una mezcla de estilos europeos, representados en iglesias, casas y palacios, como el de la Gobernación, y le colgó un elegante prendedor: el Edificio Gonzalo Mejía o Teatro Junín, inaugurado en 1924. Los arquitectos locales, como Marino Rodríguez, buscaban un estilo funcional propio, que quedó plasmado en el Palacio Municipal.

Admirada por los visitantes extranjeros, que contemplaban el frenesí en construcción, Medellín se labró su reputación de ciudad “pujante” y se fue

convirtiendo en una tacita de plata para atesorar, fruto de una “raza” capaz de atravesar montañas y echarse el futuro en el bolsillo.

De nuevo aparecieron las fuerzas contrarias, que con realismo y acalorada resistencia, no exentos de escándalo, advertían de los peligros de insuflar en demasía el globo del orgullo local.

Mujeres en conflicto

Criada en un hogar laico, de pensamiento radical, a los 34 años María de los Ángeles Cano se unió a la tertulia *Cyrano*, impulsada por su sobrino, el cronista Luis Tejada, que en 1920, con Enrique Montoya Gaviria, lanzó una revista del mismo nombre. La aparición de *Cyrano* y la presencia de María Cano como columnista y activista política fueron completamente novedosas. Con ellos, dueños de un

lenguaje sencillo, sin ataduras ni complejos europeizantes, la ciudad buscó mirarse por dentro, al tiempo que por fuera cambiaba de ropaje para vestirse de moderna.

En *Cyrano* publicaron también Fita Uribe, María Eastman y Enriqueta Angulo, “las muchachas escritoras”, como las llamó el poeta Luis Carlos López: “La más audaz y fogosa es Fita Uribe; la más sentida es María Cano; la más personal es Enriqueta Angulo, y la que mejor escribe es María Eastman”.

“Fue tal el espanto, que las mujeres de la élite conservadora crearon en 1926 la revista femenina *Letras y Encajes*”, dice la escritora Paloma Pérez; revista impulsada por señoras de la clase alta, como Sofía Ospina de Navarro y Teresa Santamaría de González.

Las mujeres no escaparon a las contradicciones de la cultura y a la exposición pública de sus fuerzas contrapuestas, de conservación y liberación. Las letras y los encajes de

Con un lenguaje sencillo, sin ataduras ni complejos europeizantes, la ciudad buscó mirarse por dentro.

la revista buscaban el estable divertimento de las mujeres hogareñas, a las que les ofrecían “desde la receta de cocina hasta la clase de educación familiar y el artículo ameno y literario”.

Bienvenidas las multitudes

En los primeros años de la década del treinta, la ciudad inauguró el aeródromo de Las Playas (1932), que aterrizó a Medellín en la vida plenamente urbana del siglo XX. Superada la crisis económica mundial del 29, la recuperación trajo una serie de desarrollos tecnológicos, que sirvieron de megáfono para llegar a una población que ya contaba como masa y terminaron de configurar el entramado cultural de la ciudad.

En 1931, en el sector comercial del barrio Guayaquil, Alfredo Daniels instaló el primer transmisor de onda corta, con una potencia de 50 vatios, que permitió el nacimiento de la emisora HKO, precursora de La Voz de Medellín y La Voz de Antioquia, las primeras grandes emisoras de la ciudad, en las

que brillaron los duetos musicales, como Blumen y Trespalacios y Obdulio y Julián.

Medellín aprendía a escucharse y se acostumbraba a usar electrodomésticos, que ayudaron a potenciar el desarrollo de la publicidad. El Teatro Granada proyectaba regularmente películas y existía la Compañía Filmadora de Medellín. Con la película *Bajo el cielo antioqueño* (1925), la ciudad había visto cómo lucía su clase alta en la gran pantalla.

Desde la fundación de la revista *Sábado* en la década anterior, a cargo de Gabriel Cano y Ciro Menéndez (en la que participaron Francisco Cano, Ricardo Rendón, Luis Tejada, Otto de Greiff, Blanca Isaza de Jaramillo y Camilo C. Restrepo), la caricatura, la ilustración y fotografía ganaron protagonismo masivo. Fotógrafos como Manuel Lalinde y Jorge Obando se destacaron como pioneros de la crónica gráfica.

Obando fue el fotógrafo panorámico de las ilusiones, las tragedias y las multitudes de una sociedad que dejaba atrás la hegemonía conservadora y saludaba los vientos de cambio que percibía en el horizonte. Captó el vuelo en globo de Manuel Acosta “Salvita”, un parque Berrío abarrotado de gente en una manifestación de la campaña presidencial de Enrique Olaya Herrera y el avión accidentado, humeante, en el que murió Carlos Gardel en el aeródromo de Las Playas. La ciudad abría los ojos y alzaba la mirada.

Ponerle flores al pasado

Después de años de dificultades y aprendizajes en Italia, un todavía joven Pedro Nel Gómez regresó a Medellín a finales de 1930 “en condiciones económicas desastrosas”. Inició aquí un intenso período de elaboración de pinturas al óleo y acuarelas, que lo llevaron a exponer un conjunto de 114 obras en el salón central del Capitolio en Bogotá, que le dio reconocimiento nacional.

Pedro Nel y Eladio Vélez, con la pintora Débora Arango en la trastienda, renovaron en los años 30 y 40 las discusiones estéticas sobre el “arte necesario”, qué es “la belleza” —con Gómez anclado en el nacionalismo y Vélez en el bando de los clásicos, del “arte por el arte”—, y cuál era el papel

En La Estrella se realizó entre el 18 y el 20 de junio de 1971 el **Festival Ancon**, conocido como el “**Woodstock colombiano**”. Es un ancestro del festival Altavoz, fundado en 2004.

Primera Bienal Iberoamericana de **Pintura de Coltejer**, 1968. Le siguieron dos más, en 1970 y 1972.

En 1975 apareció **El Pequeño Teatro**. Cuatro años después se crearon los colectivos Matacan-delas y Teatro Popular de Medellín. Se desarrolló la carrera dramática de José Manuel Freidel.

En 1978, el **Mamm abrió sus puertas**. En su primera etapa estuvo en el Carlos E. Unos años después reafirmó su vocación de lugar de vanguardia al realizar el Primer Coloquio Latinoamericano de Arte No Objetual y Arte Urbano.

